

Filosofando

## Milagros de la especie Luis Armando Aguilar Sahagún

Hay seres que logran atrapar nuestra atención al punto de la maravilla. Según nuestra disposición natural, habrá quien encuentre más asombroso el mundo mineral, vegetal o animal. El asombro puede tener carácter estético o ir acompañado de él. Refulge así lo que llamamos “belleza”. Pero también puede maravillarnos cierta forma específica, caprichosa o bien hecha, como un caracol, la forma de algunos troncos, o las placas callosas que cubren al rinoceronte. Esto vale también para las obras del hombre: una casa, un auto, una nave espacial.

Entre los animales, podemos constatar que las especies viven en virtud de una lucha inmensa. Una colonia de focas o de pingüinos es un portento de sobrevivencia. En ambos polos de la tierra se les encuentra, por ejemplo, esperando por la marejada que los acerque a las playas, cuando es tiempo de cría. Su elegancia y su torpeza como especie no deja de asombrarnos, como lo puede hacer la pesantez y el volumen de un león marino, o la masa de la ballena azul.

Miles de especies se han extinguido. Esto ha ocurrido también en el orden cósmico, con estrellas y galaxias. Nos asombra que aún nos ilumine su luz, como el hecho de que nuestra tierra sea depositaria de seres vivos, de millones de bacterias, de especies animales, así como de volcanes, glaciares, cuencas, ríos...

El pensador judío, Abraham Joshua Heschel, constata que lo primero que vemos al encontrarnos con un hombre es otro espécimen de la especie humana; luego, un individuo específico, particular, que puede ser nombrado e identificado; pero entonces ese individuo está delante de mí como la única entidad en la naturaleza con la que está asociada la santidad. Todos los demás objetos sagrados en el espacio, afirma Heschel, son sacralizados por el hombre. La vida humana es el único tipo de ser que consideremos intrínsecamente sagrado, el único tipo de ser que consideramos como supremamente valioso.

Resulta relativamente fácil clasificar al hombre desde el punto de vista biológico. Sin embargo, pronto descubrimos que esa clasificación es de poco valor para tratar de entender a cada persona, sobre todo en el mundo de sus relaciones, o que no basta con una definición del grupo zoológico humano en nuestro esfuerzo por entendernos a nosotros mismos.

Lo que rebasa nuestra capacidad de comprensión es la unicidad del hombre. Todos los demás seres parecen encajar perfectamente en un orden natural y están determinados por leyes biológicas. Sólo el hombre ocupa una posición única. Sólo él puede crear cultura. Como ser natural está determinado por leyes naturales. Como ser humano tiene que vivir a partir de una libertad radical, de cuyo sentido depende el que la especie sea viable, y el que cada individuo se logre en su proyecto de felicidad. Sus actos no emanan de él como rayos de energía de la materia. Situado en la encrucijada de los caminos, él debe, una y otra vez, decidir qué dirección tomar. El curso de su vida es, por tanto, impredecible, ninguna persona puede escribir su autobiografía por adelantado.

Para hacer frente a un hombre en particular no sirven las generalizaciones. Cada persona es insondable, una nebulosa de sueños, un elenco de posibilidades, un conjunto de logros y frustraciones. “El ser humano es una novedad –no es una mera repetición o prolongación

del pasado, sino un anticipo de lo que vendrá—. El ser humano es una sorpresa, no es un resultado inevitable. Una persona que tiene la capacidad de crear eventos. Cada persona es una revelación, un ejemplo de exclusividad” (Heschel).

Un ser humano no es un mero ejemplo o muestra de su especie. Al desconocer su singularidad lo distorsionamos. El ser humano es un estallido de singularidad. Es así como descubrimos el significado de ser hombre. Se trata de un dato de realidad que se olvida fácilmente. La mera continuidad lleva a la suspensión de la singularidad, equiparando todos los momentos de la vida, pasando por alto su valor y su significado intrínseco.

En la vida real no hay hombre ordinario, mediocre, a menos que el hombre se resigne a ser ahogado en la indiferencia y la vulgaridad. Pero aún entonces, la santidad sigue asociada a ese ser, por más que ni él ni los demás seamos ya capaces de advertirlo.

Cuando, entre los hombres, alguno destaca particularmente por sus dotes, talentos y obras, suele decirse que se trata de “un milagro de la especie”. Esto afirmaba recientemente un profesor al referirse al eminente teólogo, el suizo Hans Küng, por sus grandes aportes al mundo del pensamiento y de la ciencia teológica. El mismo asombro, menos exultante, es el que movió a Antonio de Saint-Exupéry al ver en un niño cualquiera que dormía en un vagón de tren a un posible Mozart, que muy probablemente, dadas sus circunstancias, no llegaría a serlo.

De Mozart, por cierto, afirmaba el filósofo de la ciencia Karl Popper, que era la prueba de que en el universo no hay determinismo cerrado, sino novedad abierta. Einstein, quien no deja de asombrar por su portentosa inteligencia y capacidad de ver conexiones inesperadas entre los fenómenos físicos, planteaba como una alternativa el mirar el universo: o bien lo contemplamos excluyendo toda posibilidad de que en él ocurran milagros, o bien lo hacemos descubriendo que, en realidad, todo él es un milagro. Se trata de una opción decisiva. Einstein, a su vez, se maravilló de la figura de Gandhi, “por quien nos preguntaremos –decía después de haberse entrevistado con el líder indio– si en verdad un hombre así pudo pisar esta tierra”.

De los portentos en el mundo del arte, de la ciencia, del deporte, y también los grandes estadistas, guerreros y héroes, suele decirse, también, que son “un milagro de la especie”.

La expresión no es puramente retórica. En realidad, cada ser lo es. Cada especie animal. Y más que ninguna, la especie humana. Sólo en ella ha ocurrido el milagro de la conciencia y de la libertad. Milagro es cada persona. Lo es por su singularidad, su carácter único e irreplicable, sus posibilidades, las realizadas, las potenciales y también las frustradas. El niño en brazos de su madre, y para ella, el fruto de sus entrañas es fuente de asombro permanente. El joven, una promesa siempre en riesgo. Cuando muere, lamentamos todo lo que pudo ser de él o de ella. La persona adulta, por los valores que encarna, por el logro que representa una vida responsable y comprometida por otros.

Las fuentes del asombro son innumerables. Cuando el hombre realiza lo mejor que puede ser, nos volcamos llenos de gratitud y reconocimiento. También nos asombra hasta el extremo del extrañamiento, el constatar que las posibilidades de una vida lograda se perdieron, cuando de un posible gran hombre o gran mujer resulta un criminal o un impostor. Nos cuesta quizá más descubrir con asombro la maravilla de esa persona, al grado de experimentar repugnancia y rechazo.

Los niños con malformaciones suelen ser más objeto de compasión que de asombro. Quizá nos hace falta ver el milagro de su existencia, así como el milagro de quienes se ocupan de

ellos; de los padres que deciden cuidarlos con especial cariño y sacrificio, o quienes lo hacen sin una razón especial, simplemente porque descubren su intrínseca amabilidad, por encima de todo cálculo o expectativa de gratificación.

Lo mismo cabe decir de una persona que ha llegado a la vejez. Es una etapa que supone haber pasado grandes pruebas, haber soportado el peso de una vida cuyas fatigas y decepciones pueden ocultarse quizá a los ojos de la sociedad, y que, en muchas ocasiones, apenas si se pueden barruntar. Un anciano es un portento de paciencia, como lo es aceptar la disminución de todas las facultades, la inmensa soledad e incomprensión, y así seguir viviendo, y esperando, acaso, la muerte.

Si Dios es el autor de todas las cosas, el sentido de la maravilla nos remite a Él como a su fuente inagotable, sin que podamos hacer de “Dios” el objeto de nuestro asombro. El salmista se asombra del cosmos, de la tierra y del hombre como de un inmenso escenario en el que Dios realiza su obra y se complace en ella. Jesús, sin duda inspirado en esa obra y en lo que Él mismo, lleno de asombro, era capaz de ver, alabó a su Padre en forma de gratitud y alabanza. No resulta difícil descubrir la emoción y el sentido de maravilla en cada página del Evangelio, la mirada y el sentir asombrado de cada evangelista. La vida de cada persona puede ser leída como un comentario al Evangelio.

La historia entera del hombre es fuente de admiración y de odio, de pasmo y repugnancia. Un hombre como Jesús, como Gandhi o como Siddhartha nos recuerdan no sólo que cada persona es potencialmente “un milagro de la especie”. Si existimos, somos el asombro de un Padre amoroso, que se complace en nuestra existencia, y se compadece de nuestros sufrimientos.